

Sus cuadros eluden la rigurosa jerarquía del tema. Su maestro podría ser Gauguin, con lo cual estamos enlazando al pintor con el mismo Denis, puesto que el exiliado de las islas oceánicas recibió también en su etapa primera—la simbolista—el influjo de aquel artista.

En el dominio de la pintura decorativista, hecha de puro arabesco y de colores abstractos, con absoluta prescindencia del tono local, el señor Vila podría dar su nota más alta. Pero se le advierte excesivamente desperdigado. Gusta de exhibir bocetos de obras de gran alcurnia constructiva. Ahí está el tríptico sobre la Quintrala, que dentro de su pueril sentimentalismo y de su patetismo superficial, sería, de estar plenamente realizado, una tela de grandes proyecciones estéticas por sus virtudes plásticas. Los apuntes del zoológico revelan su afán por captar las formas y las expresiones. Algunos de estos bocetos tienen fuerza parigual a la de los apuntes de Delacroix. ¿Por qué quedarse en ellos?

Tienen razón quienes exaltan la especial concepción del universo que se advierte en las telas del maestro. Waldo Vila encierra en la síntesis virtual de sus telas un mundo re-creado y fundido en la proyección lírica. Pero no olvida por ello los problemas de índole formal. Porque si en estas telas aflora el espíritu de quien las trazó, se advierte también una objetividad constructiva; ajena por completo a la delicuescencia de ciertos pintores sentimentales y líricos en extremo.

<https://doi.org/10.29393/At255-256-277EJAR10277>

Exposición Juan Francisco González

Se celebró en la Sala Séneca una de las más interesantes exposiciones de los últimos tiempos. Esta retrospectiva del maestro chileno Juan Francisco González era necesaria para que las juventudes de hoy y las nuevas generaciones tuvieran del arte gonzalesco una visión más completa y exacta. Así, viendo las cosas de cerca y estudiándolas en su conjunto, se puede ad-

quirir una idea más aproximada y cabal de lo que un pintor del pasado representa en el acervo común de la historia del arte.

Por eso mismo entre las significaciones de esta retrospectiva está la de su hondo carácter didáctico. Ahora bien, sería conveniente hacer lo mismo con la obra de Pedro Lira y con la de Valenzuela Puelma. Seguramente nada sería mejor recibido por los que gustan del arte que una nueva retrospectiva dedicada a cualquiera de esos dos maestros. Don Pedro Lira fué un pintor muy de su época y aunque su concepción del arte está ya más que superada, es indudable que en sus telas hay siempre un motivo de enseñanza. Por otra parte, los que quieren tener una idea vertebrada de nuestro devenir artístico comprenden mejor el desenvolvimiento paulatino del mismo y el armónico desarrollo de las diversas escuelas.

Juan Francisco González fué un gran pintor, más que por la obra realizada y por los logros obtenidos, por la manera de sentir el arte. Tenía don Juan Pancho una honda sensibilidad. Era un artista que veía el mundo con los ojos del panteísta. Era un enamorado de la belleza formal. La naturaleza tenía en él a un admirador apasionado. Sus obras se resienten hoy justamente del impulso repentista e instintivo. Manchaba con espontaneidad sin preocuparse excesivamente de las mezclas y de los hondos problemas técnicos que todo artista concienzudo debe resolver antes de lanzarse a la captación de los volúmenes.

En realidad este pintor fué víctima de su tiempo. Afincado en el instante en el cual el naturalismo es barrido por el impresionismo, en ese momento de reacción contra el pasado, se entregó también con pasión de epígono a las nuevas concepciones. Lo importante era captar el tema como aparecía ante los ojos del pintor, sin dar importancia a los demás elementos de la estética pictórica. Ni composición, ni dibujo, ni química cromática, nada de eso contaba para estos faunos ansiosos de luz y de atmósfera. Por eso sus obras han «envejecido» mal. Los

colores resisten débilmente el paso del tiempo y estas manchas ennegrecen, mezclan sus distintos tonos y pierden en pocos años la opulenta belleza de su gayo cromatismo.

Otras exposiciones

En la Sala del Banco de Chile expuso la pintora *Susana Mardones*. Su caso es digno de ser estudiado. La señora Mardones es una vocación tardía y la revelación de un talento pictórico de primer orden. La pintura es en ella una especie de poema plástico. Inventa ritmos extraños, imágenes oníricas, tonos de una riqueza cromática, ampulosa y lírica. En la galería Eyzaguirre expuso la artista francesa *Mariette Lydis*. La señora Lydis que ha sido estudiada en las páginas de esta revista exhibió una obra de semejantes caracteres a los que ya conocíamos. Hay en estas imágenes de singular patetismo morboso una reiteración tan extremada que dicha obra cae ya peligrosamente hacia el lado del amaneramiento. De todas formas *Mariette Lydis* revela siempre el dominio absoluto de la técnica y la gracia del arabesco definidor de las formas. En la Sala del Banco de Chile expuso *Ladislao Cheney*. En su obra actual este pintor parece buscar la exaltación de lo puramente plástico. Su musa ya no da de la naturaleza su aspecto más objetivo. Cheney trata de interpretar, de decir algo que viene de su propia realidad interior. En algunas de las telas la calidad intrínseca y la calidad estética y estilizada parecen ser el punto de partida de un arte más personal y puro. En la Sala del Banco de Chile realizó su exposición de óleos, *gouaches* y dibujos el conocido pintor *Pablo Vidor*. En esta nueva exposición el maestro húngaro exhibió una serie de paisajes de las costas chilenas, interpretados de acuerdo con su estilo sintetizador característico. El colorido es de una gran armonía y en todas sus obras, tanto en los retratos como en las flores, el artista hizo gala de una extraordinaria sensibilidad plástica. En